

## **MODELOS DEL PASADO ENTRE LOS GRIEGOS DEL S. II D. C.: EL EJEMPLO DE ATENAS<sup>1</sup>**

*Fernando Gascó*  
*Universidad de Sevilla*

### **1. Pasado e historia. Tradición frente a historia<sup>2</sup>**

Desde el s. V a.C. hubo opciones en la historiografía griega que frente a poetas y logógrafos (Th., I 21) pretendieron reconstruir de forma veraz, ecuánime y metódica una serie de sucesos acaecidos tiempo atrás. Para ello se perrecharon de una preceptiva -cambiante con los tiempos- por medio de la cual esta voluntad de justeza informativa pretendía ser más o menos canalizada.

Sin embargo en las ciudades griegas existían y se fueron creando versiones del pasado radicalmente distintas. Los poemas épicos, genealogías, narraciones mitográficas, tragedias, tradiciones orales, discursos políticos, rituales cívicos y representaciones plásticas se asociaron y acomodaron entre sí para crear una memoria del pasado que en un buen número de particulares no podía coincidir con la imagen que la historia ofrecía de él. Las tradiciones cívicas en sus distintas formulaciones no se presentaban con la intención de ordenamiento riguroso que se autoasignaba la historiografía -por más que tales programas incluso en ella no pasaran de ser simples tópicos-. Estas diferencias no fueron un obstáculo para que una fuente de información no pequeña de las mencionadas tradiciones lo constituyeran datos que procedían de la propia historiografía. Pero el pasado y sus tradiciones era algo más genérico, un patrimonio más popular y menos exclusivo que se fundaba en una conciencia más imprecisa que precisa de que los hombres, con sus valores, instituciones, creencias y comportamientos tenían una especie de deuda con la manera en que los hombres

---

<sup>1</sup> Estas páginas son una versión algo más extensa y con notas del artículo que publiqué en *Revista de Occidente* 118, 1991, 71-84.

<sup>2</sup> Dos libros de intención y valor diferentes me han ayudado a ver aspectos de esta distinción, J. H. Plumb, *La muerte del pasado*, Barcelona 1974 y A. García Calvo, *Historia contra Tradición. Tradición contra Historia*, Madrid 1983.

de tiempo atrás practicaron y concibieron todas estas cosas. El pasado se confundía con el conjunto de tradiciones con las que vivía una ciudad o una comunidad y en él se asociaban de manera no discriminada sucesos históricos con otros de carácter legendario, pero la veracidad en este caso era algo trivial. Isócrates, por mencionar un ejemplo, para demostrar la grandeza de Atenas comienza a narrar en el *Panegírico* (IV 26-28) los dones que recibió de Deméter -el grano y la celebración de los misterios- que después la ciudad aportó al resto de los hombres y a modo de preámbulo dice: "...y aunque la tradición haya quedado como algo legendario, conviene, no obstante relatarla." El orador obviamente considera que el significado o valor argumental de las leyendas de Deméter y Triptólemo está al margen de su veracidad. Lo realmente importante era que por medio de estas tradiciones, tal y como se las transmitía y concebía, se ofrecía un conjunto de referencias a una comunidad que deseaba reconocerse en las mismas, que estaba habituada a vivir con ellas y que las integraba en calidad de rasgos distintivos, de enseñanzas propias.

El pasado en la Antigüedad Clásica con ese su bagaje de tradiciones y referencias se convirtió en algo muy particular e importante para las distintas comunidades que tuvieron una conciencia compleja de él. Este fue el caso de no pocas ciudades griegas que se acostumbraron a vivir con sus tradiciones y a estimarlas como manifestaciones de la esencia de su *polis* o incluso de la comunidad cultural helena. Expresión de esta conciencia fueron una serie de fiestas, celebradas periódicamente, en las que a través de distintos rituales se recomponía el pasado de la ciudad, del que se narraba por distintos procedimientos desde la intervención divina en la fundación de la ciudad misma hasta las distintas gestas llevadas a cabo por sus habitantes en época legendaria o histórica. Las fiestas Panateneas desde su fundación, y por ofrecer un caso, vinieron a ser a lo largo de su prolongada existencia un elocuente testimonio de tal conciencia en Atenas<sup>3</sup>. Esta recuperación ritual periódica del pasado tenía además un acompañamiento plástico en una serie de monumentos levantados en la ciudad en el transcurso de los tiempos, que conmemoraban a personas y sucesos que a su vez aludían a virtudes y comportamientos heroicos reputados como patrimonio de toda la ciudad.

### *El uso del pasado*

Así las tradiciones tenían una presencia efectiva en la vida ciudadana y constituían un patrimonio venerable por el que la ciudad tomaba conciencia de sí misma y de lo que eran sus valores e incluso sus fórmulas de convivencia ancestrales<sup>4</sup>. Al tener el pasado un valor semejante, se explica que se convirtiera en un objeto de manipulación. Si en él estaba parte de lo más entrañable y propio de una ciudad, cabía esperar que por su medio se intentara fundamentar estrategias, justificar

---

<sup>3</sup> L. Deubner, *Attische Feste*, Darmstadt 1969 (= 2ª ed., 1966), 22-35.

<sup>4</sup> Ello a pesar de que tales modelos pudieran ser elaborados con una voluntad política fruto de contextos muy precisos.

acciones y en general argumentar para el presente recurriendo al prestigio del pasado. Por este procedimiento se sugería que algo debía ser o realizarse de alguna manera determinada atendiendo a unas prácticas tradicionales y venerables que se pretendían la esencia misma de la ciudad y sus habitantes.

De vez en vez surgían dificultades. El pasado era lo suficientemente rico en avatares como para que se pudieran seleccionar "esencias" encontradas con tan sólo insistir en ciertos valores o sucesos y desdeñar otros. Se podía, en consecuencia, argumentar en direcciones contrarias recurriendo a un mismo pasado de una misma ciudad. A ello además contribuía la ductilidad del conjunto de tradiciones, que configuraban el pasado y que formaban una amalgama no discriminada en donde lo legendario se hallaba inextricablemente unido a lo histórico, y que por ello ampliaba aún más la libertad para recurrir al pasado como argumento de prestigio para cualquier cosa y en cualquier circunstancia.

### *Un procedimiento antiguo*

Lo expuesto hasta ahora no pretende sino recoger algunos de los rasgos con los que el pasado, su veneración y uso se presentaba en la Grecia Antigua. Desde la segunda mitad del s. V a.C. sabemos que éstos son procedimientos y concepciones que se tienen y a los que se recurre, y que desde entonces se adaptaron y evolucionaron en virtud de las distintas circunstancias que se fueron presentando.

Para Atenas sobre todo, que es de la que tenemos mayor documentación, hay casos de usos y abusos del pasado especialmente bien estudiados. Estoy pensando en el debate sobre la "constitución ancestral"<sup>5</sup>, en el que representantes de las distintas facciones políticas atenienses, en especial a través de las historias constitucionales (*Atthides*)<sup>6</sup>, atribuyeron a los padres de la patria distintas e inventadas posiciones para justificar sus propias opciones, o en la creación de una imagen de aportaciones culturales, virtudes, comportamientos brillantes y canónicos para la ciudad de Atenas por medio de los discursos funebres y panatenaicos -estudiados de forma magnífica por N. Loraux<sup>7</sup>- o en el uso del pasado que hicieron los oradores del siglo IV a.C. para justificar las distintas estrategias políticas que entendieron que la ciudad debía seguir<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> La de M. I. Finley sigue siendo una estimulante presentación del problema, cf. *Uso y abuso de la historia*, Barcelona 1977, 45-90.

<sup>6</sup> Cf. la obra clásica de F. Jacoby, *Atthis*, Oxford 1949, aunque algunos de sus puntos de vista han sido revisados, por ejemplo, el del pensamiento político de Androción a través de una serie de trabajos de P. Harding, *Phoenix* 28, 1974, 101-111; *Phoenix* 28, 1974, 282-289; *Historia* 25, 1976, 186-200. Se puede encontrar una amplia bibliografía sobre uno de los atidógrafos en la reciente edición que se ha hecho de Helánico de Lesbos (*Fragments*, Edición y traducción de J. J. Caerols Pérez, Madrid 1991, 45-51).

<sup>7</sup> N. Loraux, *L'invention d'Athènes*, París 1981.

<sup>8</sup> M. Nouhaud, *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*, París 1982.

Un ejemplo expresa con singular nitidez cómo funcionaban estos temas. Los oradores áticos tomaron las confrontaciones contra los persas como símbolos y puntos de referencia modélicos. Fueron momentos claves en los que se decidió la victoria sobre el bárbaro, se preservó libre a la Hélade y se evidenciaron valores en donde se quiso ver el paradigma del ateniense o heleno, según los casos. De la batalla de Maratón los oradores individualizaron una serie de elementos que aparecen con variantes y que cada uno de ellos utilizó como un argumento más con el que fundamentar la tesis que pudiera perseguir en su composición<sup>9</sup>. Insistieron, a la hora de introducir este evento en sus obras, en la soledad -completa o casi completa- con la que Atenas hubo de enfrentarse con el ejército persa y en la desproporción de los dos contingentes. También señalaron la diligencia y generosidad con la que, sin titubeos, los atenienses se aprestaron a defender no ya su ciudad, sino toda la Hélade. Según la voluntad que animó a los distintos oradores, mencionaron o no la colaboración de los plateenses, justificaron o no la ausencia de los espartanos, la emparejaron o no, siendo Maratón la gran batalla terrestre (hoplítica), con Salamina la gran batalla en el mar. Y en estas sus variantes y adaptaciones contextuales pudo instrumentarse este suceso, ya con un carácter intemporal, para demostrar la supremacía ateniense sobre los demás griegos y, por tanto, sus pretensiones imperiales, para referirse a la superioridad de la *patrios politeia* que ofreció el marco político a hombres tan heroicos (Isócrates), para enardecer los ánimos de los atenienses contra Filipo II de Macedonia (Demóstenes) o para argumentar a favor de una aventura panhelénica contra los persas.

Un mismo suceso del pasado, por tanto, vino a ser una compleja fuente de inspiración que podía inducir a cosas muy diferentes.

Es mi intención presentar otro uso del pasado griego que se realizó en época no clásica y que por tanto es menos conocido y que en sus características y circunstancias ofrece unas posibilidades de estudio llenas de sugerencias. Me voy a ocupar, para decirlo ya, del uso que se hizo de Atenas como enseña para todos los griegos en época altoimperial. En especial en el s. II d.C.

## ***2. El proceso de adaptación de los griegos en la órbita del Imperio Romano***

### *El final de la guerra civil*

El comienzo del período de Augusto o, para verlo desde otro punto de vista, el final de las Guerras Civiles supuso también para la parte oriental del Imperio la inauguración de un período de prosperidad. La nueva etapa que se iniciaba era portadora de un valor necesario, discutido por pocos y añorado en ese momento: la paz, porque la paz tenía un rico significado. Por una parte, suponía un gran alivio no tener que tomar partido en favor de distintos contendientes con los riesgos que ello

---

<sup>9</sup> N. Loraux, "Marathon ou l'histoire idéologique", *REA* 75, 1973, 13-42; *L'invention*, 156-173.

entrañaba; por otra, significaba terminar con las costosas aportaciones con las que ciudades y particulares debieron contribuir; la paz, en fin, permitía reconstruir la desarbolada vida ciudadana y económica de la parte oriental del Imperio.

Por estas razones se explica el aprecio que por lo general se tuvo de la figura de Augusto y que encontró un cauce en las peticiones que formularon algunas ciudades griegas para que se permitiera el culto imperial, que desde esta perspectiva se puede entender no como simple "adulación oriental", sino como expresión de un reconocimiento de todo lo bueno que estaba aportando la paz recién instaurada por Augusto<sup>10</sup>. Existía también una tradición de culto a los monarcas helenísticos y además era un procedimiento para señalar que la dependencia era hacia un personaje singularísimo y por tanto no debía entenderse humillante.

Por supuesto el reconocimiento de que el orden romano era benéfico no fue compartido por todos<sup>11</sup>. En tiempos de Augusto hubo rechazos por parte de algunos griegos, que utilizaron con valor antirromano distintas enseñas propagandísticas como pudo ser la figura de Alejandro<sup>12</sup> a quien, según testimonio de Tito Livio, algunos griegos comparaban con decidida ventaja para él con los más afamados generales romanos. Con igual intención se utilizó el tema de en qué manera intervino la fortuna en la consolidación de la ciudad de Roma y en la formación de su Imperio. Obviamente lo que se concedía a fortuna se restaba a virtud. En otras ocasiones la enseña antirromana era referir su carácter de pueblo bárbaro ajeno a la cultura helena con todas las implicaciones que ello entrañaba. De ahí el esfuerzo de Dionisio de Halicarnaso por intentar demostrar desde una perspectiva filorromana que en realidad Roma tenía un origen griego y que por tanto la romana no debía considerarse una opresión bárbara<sup>13</sup>.

También, aunque no fueron ni muchos ni importantes, estallaron motines<sup>14</sup>. Pero en honor a la verdad hay que decir que, aunque a veces se escucharan voces disconformes, las aristocracias de las distintas ciudades tuvieron una conciencia cada vez más nítida de que Roma era para ellas una salvaguarda frente a cualquier aventura en la que sus ciudades quisieran complicarlas. Al mismo tiempo para Roma tener una aristocracia afectada, por medio de la cual pudiera ejercer un control indirecto pero no menos efectivo sobre las distintas ciudades de la parte oriental, era algo no sólo interesante, sino imprescindible<sup>15</sup>. Por otra parte, este comportamiento favorable de Roma hacia las aristocracias griegas no era cosa nueva, sino que tenía unos

---

<sup>10</sup> G. B. Bowersock, *Augustus and the Greek World*, Oxford 1965, *passim*; S. F. R. Price, *Rituals and Power. The Roman Imperial Cult in Asia Minor*, Cambridge 1984, esp. 54-58.

<sup>11</sup> Bowersock, *Augustus*, 109-110 y 123-127.

<sup>12</sup> P. Treve, *Il mito di Alessandro e la Roma d'Augusto*, Milán-Nápoles 1953.

<sup>13</sup> F. Gascó, *Ciudades griegas en conflicto (ss. I-III d.C.)*, Madrid 1990, 14 y allí las referencias bibliográficas.

<sup>14</sup> F. Gascó, *Ciudades*, 20.

<sup>15</sup> E. Gabba, "Storici greci dell'impero romano da Augusto ai Severi", *RSI* 71, 1959, 375 s.

precedentes sólidamente establecidos en la época helenística<sup>16</sup>.

Esta mutua necesidad fue hallando con el tiempo una expresión más perfilada en unos y otros. Roma admitió cada vez con más frecuencia, en especial después de Trajano, a orientales dentro del orden ecuestre y senatorial<sup>17</sup>, mantuvo una disposición complaciente ante las distintas demandas que provenían de la parte oriental del Imperio a través de las aristocracias y pidió respeto y reconocimiento para los griegos y su pasado. Un buen testimonio del solícito tono romano es la carta de Plinio en la que pidió a su amigo Máximo, que marchaba a Acaya, que fuera amistoso, comprensivo y respetuoso para con los griegos<sup>18</sup>. La glosa en este caso no puede sustituir el texto original:

*"Piensa que te envían a la Acaya, esto es, a la verdadera Grecia, a la Grecia pura, donde, según opinión general, nacieron la civilización, las letras y hasta la agricultura; que vas a gobernar ciudades, hombres libres en su sentido pleno, pues han mantenido sus derechos naturales por su ánimo, virtudes, amistades y finalmente por sanción de la religión. Respeta sus dioses fundadores y los nombres de estos dioses; respeta la antigua gloria de esta nación y la ancianidad tan sagrada en las ciudades como venerable en los hombres; honra su antigüedad, sus famosos hechos y hasta las leyendas de su pasado. No intentes nada contra la dignidad, libertad y hasta vanidad de nadie. Recuerda constantemente que de ese país hemos sacado nuestro derecho, que no impusimos leyes a ese pueblo después de vencerlo, sino que él nos dio las suyas después de suplicárselo. Vas a Atenas, vas a mandar en Lacedemonia, y sería inhumano, cruel y hasta bárbaro quitarles el nombre y la sombra de libertad que les queda..." (ep. VIII, 24)<sup>19</sup>*

El feroz vencedor parecía que finalmente había sido seducido por el vencido.

Pero los griegos no quedaron a la zaga. Las aristocracias griegas por lo general se convirtieron en hábiles propagandistas del Imperio y reconocían que el orden impuesto por Roma era el mejor. Frases como las que se pueden leer en Plutarco en los *Consejos políticos* cuando, por una parte, señala los prósperos tiempos presentes marcados con la impronta de la dominación romana y, por otra, dice que los griegos de su tiempo gozaban de la libertad que les había sido concedida por Roma, pero que más libertad no sería mejor (824 C), son un buen indicador de la disposición de la

---

<sup>16</sup> J. Briscoe, "Roma y la lucha de clases en los estados griegos" en M. I. Finley (ed.), *Estudios sobre Historia Antigua*, Madrid 1981, 65-85.

<sup>17</sup> H. Halfmann, *Die Senatoren aus dem östlichen Teil des Imperium Romanum bis zum Ende des 2. Jahrhunderts n. Chr.*, (Hypomnemata 58), Gotinga 1979, 75-77.

<sup>18</sup> Es una de las formulaciones más acabadas -a pesar de las influencias ciceronianas que delata- de una disposición filohelena por parte de un romano, que recoge una muy larga tradición que ha sido objeto del matizado estudio de L. Ferrary, *Philhellénisme et imperialismisme. Aspects idéologiques de la conquete romaine du monde hellénistique*, París 1988.

<sup>19</sup> A. N. Sherwin-White, *The Letters of Pliny: A Historical Commentary*, Oxford 1966, 477-480.

mayor parte de la clase dirigente griega en este período<sup>20</sup>; o aquellas que se pueden encontrar en Elio Aristides en su discurso a los rodios sobre la concordia<sup>21</sup>:

*"Vosotros estáis orgullosos pensando que sois libres, y ensalzáis la democracia hasta el punto de que ni aceptaríais ser inmortales si no se os permitiera conservar esta forma de gobierno. ¿Cómo no va a estar fuera de razón honrarla de tal manera, y no querer darse cuenta de que la vejáis? Si se estableciera una monarquía, se llevaría muy a mal, pero se acepta esto, que por cuanto llevo dicho es peor que una monarquía. Si esto prosigue no se puede calcular sus consecuencias, pero en todo caso os arriesgaréis a perder esta aparente libertad. Si no remitís de grado en vuestra actitud, otro vendrá que os salve a vuestro pesar, que no es dado a los que gobiernan desconocer estos asuntos ni tenerlos en poco. De manera que aunque no sea por otra razón que la de ser libres y hacer lo que queréis, dejad vuestra conducta presente para que no paséis por un temor semejante a vuestro atrevimiento y perdáis vuestra antigua fuente de honra." (XXIV 22 K)*

En otras palabras, se pedía prudencia, porque la libertad más aparente que real pendía de los romanos y ellos tenían capacidad para cancelarla, si consideraban que se estaba haciendo un mal uso de ella.

### *Los griegos y su pasado*

Obviamente un nuevo contexto como era el que facilitaba Roma demandaba nuevas virtudes, valores y perspectivas. Lo que pudo estar bien para el s. V o IV a.C. o para época helenística y el último período republicano, ya no servía para época imperial. Ello, claro está, tenía implicaciones en las visiones del pasado que en ese momento se fueron engendrando<sup>22</sup>. Era de esperar, porque para los griegos el pasado constituía un conjunto de tradiciones entrañables en donde, como hemos dicho, hallaban argumentos para sus proyectos y una fuente de constante inspiración.

Así las nuevas circunstancias, disposiciones y actitudes aparecen amparadas por una serie de *exempla* que soportaban y reivindicaban las nuevas opciones. En este contexto, por descontado, carecían de sentido ciertos valores que en otras circunstancias habían sido recordados hasta la saciedad.

---

<sup>20</sup> Sobre el pensamiento político de Plutarco en lo que respecta a su comprensión del orden político romano y la inserción de los griegos en él cf. C. P. Jones, *Plutarch and Rome*, Oxford 1972<sup>2</sup>; P. Desideri, "La vita politica cittadina nell'impero: lettura dei *praecepta gerendae reipublicae* e dell'*an seni res publica gerenda sit*", *Athenaeum* 74, 1986, 371-381. Véase también mi introducción a esta obra de Plutarco (*Plutarco, Consejos políticos*, Madrid 1991).

<sup>21</sup> Cf. F. Gascó, *E. Aristides, Discursos*, I (BCG 106), Madrid 1987, 34 y ss.

<sup>22</sup> Cf. E. L. Bowie, "Los griegos y su pasado en la Segunda Sofística" en M. I. Finley (ed.), *Estudios*, 185-231; J. Touloumakos, *Zum Geschichtsbewusstsein der Griechen in der Zeit der römischen Herrschaft*, Gotinga 1971; F. Gascó, *Ciudades*, 56-66.

Por poner un caso, bajo dominación romana el arrojo, la valentía, el ardor bélico, un tema constante y funcional para mantener la moral alta en los conflictos contra el Persa o en la lucha por la hegemonía de las distintas ciudades griegas, carecía de sentido, pues ninguna de las ciudades griegas debía aspirar a ninguna posición hegemónica. Plutarco de nuevo en los *Consejos políticos* recordaba cuál era la nueva situación para definir las nuevas tareas recomendables para el aristócrata con aspiraciones políticas:

*"Pero ahora, cuando la política de las ciudades no significa dominar a los enemigos, ni la disolución de las tiranías, ni el arreglo de alianzas, ¿qué principio de una actividad política lucida y brillante se podría encontrar?"* (805 A)

Roma, según la ideología dominante, detentaba el poder y, según la misma concepción, lo hacía con justicia y a satisfacción de todos y por tanto el Imperio Romano no sólo era un justo y deseado desenlace en una desafortunada sucesión de hegemonías, sino que debía convertirse en un orden imperecedero. En estos términos se expresaban ante sus paisanos importantes autores griegos de la época, como fueron Dion de Prusa<sup>23</sup> y Elio Aristides<sup>24</sup>, que se complacieron en narrar el sinsentido de las disputas que los griegos mantuvieron entre ellos. Para ello insistían en la manera lamentable en la que tuvo lugar la sucesión de hegemonías que atenienses, espartanos, tebanos y macedonios ocuparon a lo largo de los siglos. Una presentación del pasado griego en estos términos, una visión en la que las interminables guerras entre las distintas ciudades estado griegas se consideraba una sucesión de conflictos fratricidas que nunca terminaron por concluir en un proyecto político razonable, fue uno de los argumentos más usados para justificar la estima del orden impuesto por el Imperio Romano. Esta forma de presentar los hechos se halla, como veremos más adelante, nada menos que en el discurso *a Roma* de Elio Aristides.

Era pues necesario reconstruir el significado del pasado y adaptar a los tiempos sus enseñanzas.

En este deseo de reformular por medio del pasado los nuevos valores para los griegos de época imperial romana la ciudad de Atenas ocupa un lugar destacado. Sin importancia económica y política en época altoimperial Atenas adquiere relevancia en otro orden de cosas y viene a ser concebida y respetada por la mayor parte de los griegos como un símbolo en el que se desea descubrir la esencia misma del espíritu heleno. Ciertamente la gran tradición de la ciudad de Atenas y los numerosos y prolijos repertorios en donde se narraban la fundación, gestas, hallazgos y virtudes de esta ciudad facilitaban ese papel emblemático que se le asignó.

---

<sup>23</sup> F. Gascó, *Ciudades*, 60 y ss.

<sup>24</sup> F. Gascó, *Ciudades*, 64-66.



### 3. Reinventando Atenas

#### *Un uso dispar*

Del pasado de Atenas se quiso obtener una identidad para todos los griegos. Una especie de identidad general helena que amparara, eso sí, las tradiciones particulares de las distintas ciudades griegas y que viniera a convertirse en algo así como la contrapartida cultural y civilizadora de lo que Roma significaba en poder político efectivo<sup>25</sup>.

La cuidadosa imagen que los atenienses habían compuesto de ellos mismos, confeccionada a lo largo de siglos, convertía el pasado de la ciudad en un paradigma envidiable y lo suficientemente complejo para que en él pudieran encontrar fuente de inspiración distintas posiciones, incluso posiciones encontradas. Y así sucedió.

De uno de estos usos nos habla Plutarco en sus *Consejos políticos*, cuando en una especie de manual sobre cuáles deben ser las actividades y actitudes del político recomienda que se olviden de Maratón, Eurimedonte y Platea y de cuantos ejemplos llevaban a los griegos a vanagloriarse de forma absurda y a revolverse contra los romanos<sup>26</sup>. Dicho en otros términos, el pasado griego y en especial el ateniense en una de sus facetas fue utilizado por descontentos con objeto de convertirlo en una bandera contra Roma. El mensaje implícito, pero perfectamente inteligible por todos los griegos, que conocían de sobra este procedimiento de argumentación, era que si la poderosa Persia pudo ser derrotada durante las Guerras Médicas en Maratón, Eurimedonte y Platea por unos griegos menos numerosos que el invasor y en apariencia menos poderosos, pero aguerridos y dispuestos a vender cara su tierra al Persa, de la misma forma se podía, recuperando las virtudes de antaño, vencer a ese nuevo persa que era el Imperio Romano. Plutarco desde la opción dominante que veía el porvenir de las ciudades griegas en la colaboración con Roma y no buscando un enfrentamiento con ella, pide que se abandone este peligroso juego.

#### *Elio Aristides*

Pero el uso más funcional de Atenas en época altoimperial es el que se encuentra en la obra de Elio Aristides. Este sofista que nace en el 117 y muere en torno al 180 tiene dos obras, el discurso *a Roma* y el *Panatenaico*, que testimonian los dos polos entre los que se desenvuelven sus intereses, su mundo, sus opciones políticas y culturales.

---

<sup>25</sup> Son los términos que con tanto acierto contrapuso J. H. Oliver en sus comentarios al discurso *A Roma* ("The Ruling Power") y al *Panatenaico* ("The Civilizing Power").

<sup>26</sup> F. Gascó, "Maratón, Eurimedonte y Platea (*Cons. ger. reip* 814 AC)" en A. Pérez Jiménez y G. del Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco: obra y tradición*, Málaga 1990, 211-215.

A través del discurso *a Roma* Aristides expresa su reconocimiento al benéfico control político que Roma había impuesto en el Mediterráneo<sup>27</sup>. Esta ciudad, con comportamientos, medidas y hallazgos políticos y administrativos que la distinguieron de otros imperios anteriores, fue capaz, según Elio Aristides, de instaurar un Imperio feliz, seguro y pacífico. De la misma forma que el triunfo de Zeus puso fin al caos previo e inició un nuevo período en el Olimpo, así Roma con su Imperio. Esta forma de entender el contexto político en el que vivía se argumenta en parte a través del pasado griego y en el hilo argumental del discurso Elio Aristides responde en unos términos rotundos a los distintos cargos que se habían imputado a Roma en alguna de las tradiciones contrarias que nos han llegado sobre ella. Así en la comparación que con perjuicio para Roma se había realizado entre ella y Alejandro Magno y los generales macedonios, Aristides toma partido decidido por Roma, calificando a Alejandro más de "poseedor de un imperio" que de rey y a sus sucesores de ladrones autonombrados reyes. Para Elio Aristides los límites del Imperio Romano se asemejaban a las murallas de una ciudad que había incorporado dentro de las mismas todo lo que merecía la pena y en la que todas las personas eminentes por alguna razón gozaban de un estatuto de ciudadanía. Todo el discurso es una explicación razonada de aquellas virtudes que hacen del Imperio de Roma algo grato, deseable, más perfecto que todo lo hasta entonces conocido y que gobierna "por naturaleza" (*physei*), y no como fruto de un azar o una convención. Las razones que adujo para demostrarlo, iban dirigidas contra cualquier tipo de tradición o idea que hiciera del Imperio Romano el resultado inmerecido de una concesión graciosa de la fortuna. No sorprende, por tanto, que haga preces a los dioses para que hagan eterna a Roma.

Sin embargo, este prolijo y optimista reconocimiento del benéfico papel jugado por Roma es compatible en Elio Aristides con un reconocimiento no menos rotundo del valor de un conjunto de tradiciones helenas en las que se fundaba la civilización de los pueblos que habitaban el Imperio Romano. La quintaesencia de estas tradiciones las ve plasmadas en el pasado de la ciudad de Atenas que queda reconstruido con multitud de perfiles en el *Panatenaico*. Atenas enclave privilegiado, lugar de encuentro entre los hombres y los olímpicos, *ómphalos* del mundo -así describe a esta ciudad Elio Aristides- desempeñó desde su fundación por los dioses y protegida por ellos una tarea civilizadora sobre todo el género humano. Generosa con sus recursos y virtudes propagó por la tierra sus dones y conocimientos. Pero de igual forma fue capaz, a través de las distintas empresas bélicas que acometió, de sacrificarse por los demás, de salvaguardar la independencia de la Hélade frente a las injustas y desmesuradas agresiones de los persas. En la larga relación de sucesos bélicos de Atenas que ofrece Aristides muestra excelsa a la ciudad en los conflictos con las otras ciudades griegas. La describe solicita para los demás, carente de todo propósito de venganza, pronta a mostrarse solidaria, dispuesta a facilitar ayuda a todos los que la necesitaran, incluso si habían actuado de manera injusta contra la propia Atenas. Así las brillantes hazañas de guerra atenienses no estimulaban valores bélicos, ni afanes

---

<sup>27</sup> Para una extensa relación de las interpretaciones de las que ha sido objeto el discurso cf. R. Klein, *Die Romrede des Aelius Aristides*, Darmstadt 1981, esp. 160-172.

de revancha, ni nada que se le asemejara. Por el contrario, las guerras facilitaban la ocasión de dar lecciones de paz enalteciendo valores tales como los de solidaridad y filantropía en general.

La recapitulación que Aristides hace sobre las aportaciones de la ciudad y la comparación con otras aportaciones de otras ciudades griegas expresa el carácter de enseñanza que atribuye a la ciudad de Atenas:

*"[Si se organizara una competición entre ciudades.] Ciertamente no me parece que sería fácil hallar al vencedor. Así sucedería si una se ufanara de que fue la primera que engendró el linaje humano, pero otra de que fue la primera que mostró la agricultura y otra que lo compartió con la mayoría y otra de que enseñó las leyes y otra las fiestas y otra de que está situada en lo más hermoso de la tierra y el mar, y otra se vanagloriara de las aportaciones de su sabiduría, y otra enumerara sus hazañas en las guerras, y otra a cuántos griegos acogió y otra las colonias que fundó. Ciertamente yo sostengo que de esta forma resultaría más evidente en cuántos aspectos vuestra ciudad ha prevalecido sobre las demás. Lo que bastaría distribuido por toda la Hélade, ella sola lo tiene en su totalidad." (I 336)*

Este es un pasaje muy significativo. En un contexto de puja protocolaria, como el que existió en el s. II d.C., de rivalidad por cuestiones nimias entre ciudades era presentar un modelo fuera de discusión, un punto de referencia estimable por todos fundado en ese entrañable pasado, patrimonio que se podía reinventar y manipular, pero al que ninguna comunidad helena de forma particular y general estaba dispuesta a renunciar de buen grado.

El pasado ateniense, Atenas como símbolo se recompuso, se le maquilló y miró desde el perfil con el que cumplía la función educadora que de él se esperaba. Y ciertamente en ese momento no se esperaba de Atenas que reprodujera la gesta gloriosa de Maratón, sino que se convirtiera en punto de referencia y enseñanza de los helenos, que necesitaban no sólo vivir en paz y beneficiarse de la situación de prosperidad que les facilitaba el Imperio Romano, sino que también necesitaban, y de manera no menos urgente, tener unas señas de identidad propias. La imagen de Atenas, que su pasado ofrecía, hubo de ser adaptada, reinventada para dotar a los helenos de nuevos valores acordes con los tiempos romanos.